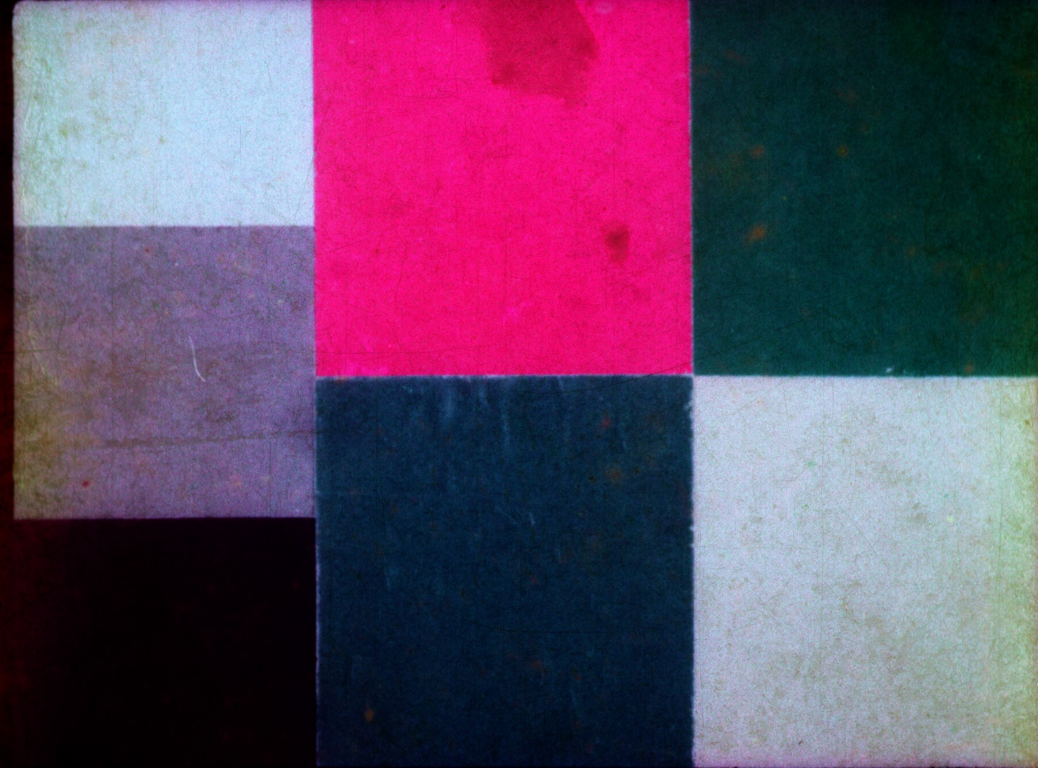


X 1976

9 1 9

ТУ 19-32-73

6

3


ДИАФИЛЬМ

Э08-3-102

PULGARCITO



Hace mucho, pero muchísimo tiempo, que vivieron en un bosque un leñador con su esposa. Ellos eran muy pobres y tenían además siete hijos, todos pequeños.



El mayor de todos, de diez años de edad, se llamaba Piero y el más chiquito era tan pequeño como el dedo pulgar de la mano, por lo que lo apodaron Pulgarcito.



Ocurrió que un año la cosecha fue muy mala y el leñador no tenía que darle de comer a sus hijos. ¿Qué haremos?—le dijo a su esposa una tarde. En casa no ha quedado nada que comer.



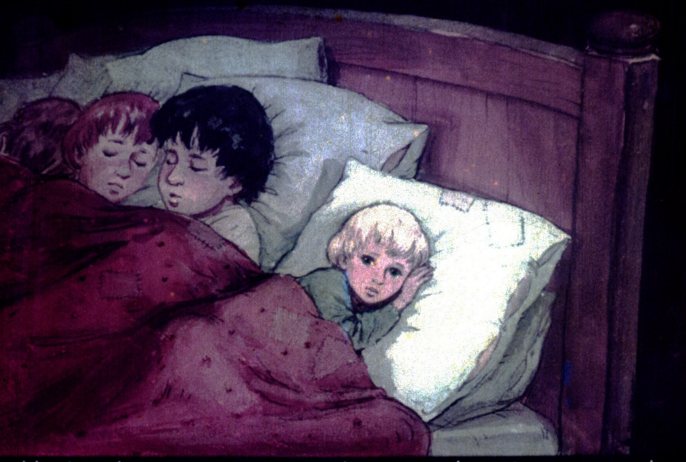
Cierto, solamente ha quedado esta torta de pan—le contestó la esposa. En ese momento ella estaba amasando la última harina que le quedaba para hacer a sus hijos una torta de pan para el desayuno.



«¿Sabes gue vamos a llevar a los muchachos al bosgue?» — le propuso el leñador a su esposa. «De ninguna manera» — gritó la madre. «Pero es gue ellos aguí, en nuestra casa, se moriran de hambre y en el bosgue puede ser gue alguien se los lleve».



Hablaron y hablaron largo rato y por fin decidieron llevar a los muchachos al bosque. Pero Pulgarcito que en ese momento no dormía, lo escuchó todo.



Hasta el amanecer no pudo cerrar los ojos, pensando sólo en lo que tenía que hacer.



Al otro día muy temprano, cuando todos dormían profundamente, se levantó, fue al arroyo y se llenó los bolsillos de piedrecitas blancas.



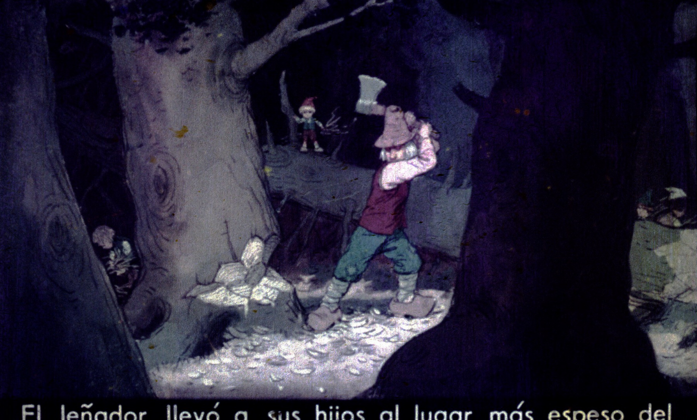
El leñador llevó los muchachos al bosque. La madre repartió para el camino la última torta de pan que le quedaba y estuvo largo tiempo parada en la puerta, viendo como los muchachos se iban hacia el bosque.



Pulgarcito iba detrás de todos, sacando las piedrecitas blancas del bolsillo y echándolas al suelo, para poder encontrar después el camino a casa.



Pero llegó un momento en que las piedrecitas se le acabaron y entonces Pulgarcito iba echando en la tierra pedacitos de su último pan. Pulgarcito era un muchacho muy inteligente!



El leñador llevó a sus hijos al lugar más espeso del bosque, donde a diez pasos, no se podía distinguir uno de otro. Empezó a cortar árboles y encomendó a sus hijos recogerlos y atarlos.



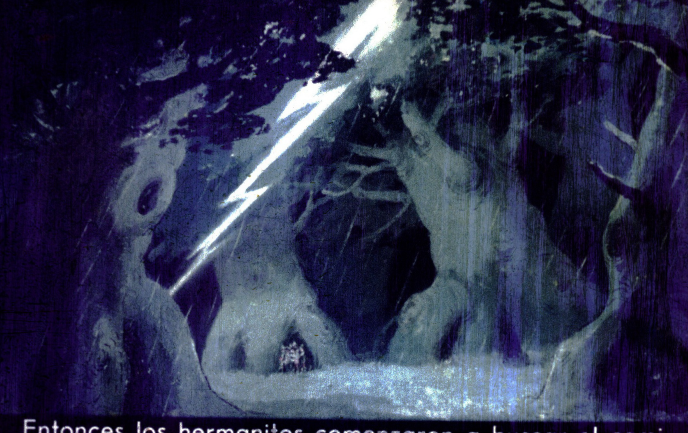
Iba cortando los árboles apartándose poco a poco, de tal forma, que desapareció totalmente.



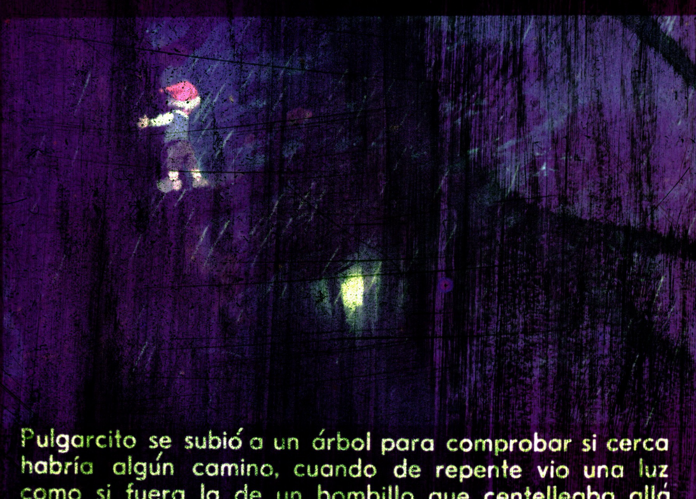
Al poco rato los muchachos se dieron cuenta de la falta del padre y empezaron a gritar y a llorar—«No tengais miedo, hermanitos, que yo los llevaré a casa»— dijo Pulgarcito.



Empezó a buscar los pedacitos de pan que había tirado por el camino para poder encontrarlo, pero los pájaros habían volado por allí y se los habían comido. ¡Qué pena!



Entonces los hermanitos comenzaron a buscar el camino, pero se extraviaron. Así llegó la noche con un aire muy fuerte y lloviendo.



Pulgarcito se subió a un árbol para comprobar si cerca habría algún camino, cuando de repente vio una luz como si fuera la de un bombillo que centelleaba allá lejos del bosque.



Los muchachos se dirigieron rápidamente por aquella parte y al poco tiempo salieron al claro del bosque. Allí vieron una casa grande y en la ventana una luz clara.



Lamaron a la puerta y les abrió una mujer preguntándoles: ¿Qué quereis, muchachos?—«Déjenos entrar»—contestó Pulgarcito y le contó lo que les había pasado.



«Ay, ay, pobrecitos, decía la mujer llorando—marchaos de aquí inmediatamente. Esta es la casa del ogro».—¿Y dónde vamos a ir?—preguntó Pulgarcito—«nos comerán los lobos. Puede ser que aquí el ogro no nos coma».



La mujer los dejó entrar en la casa, los sentó cerca del horno para que se secaran y les dio de comer, comenzando posteriormente a freir un carnero entero para dar de comer al ogro.



Apenas los muchachos se calentaron, escucharon unos golpes terribles en la puerta.—«Ese es mi marido»—dijo asustada la mujer—meteos rápidamente debajo de la cama».



La mujer del ogro fue a abrir la puerta. Apenas entró el ogro en la habitación, dijo: «Aquí huele a carne humana». — «¿Qué dices, hombre? Este es el carnero que está asándose» — contestó la mujer.



«Te digo que huele a persona»—insistía el ogro y se dirigió directamente a la cama, se agachó y sacó uno detrás de otro a los siete muchachos.



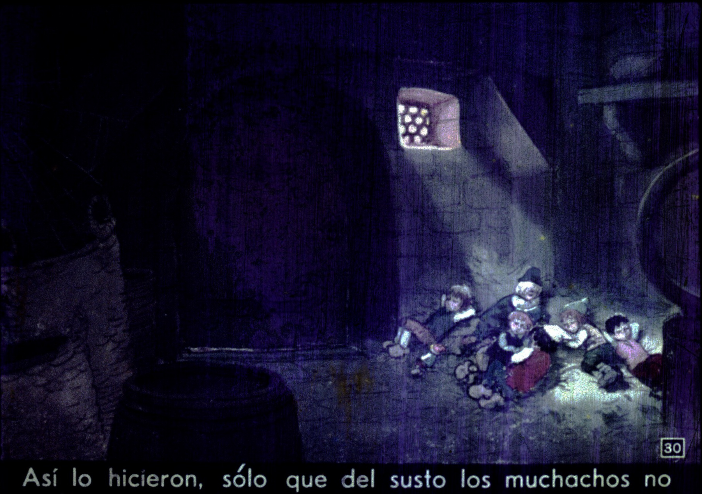
«¡Maldita seas!—gritó el ogro a su mujer.—A tí misma yo debería de comerte por no haberme dicho esto. Pero no importa, mañana tendré invitados y ya tengo con que obsequiarles».



Los muchachos trataron de pedirle perdón al ogro, pero éste se enfurecía más y gritó: «Mujer, dame un cuchillo».



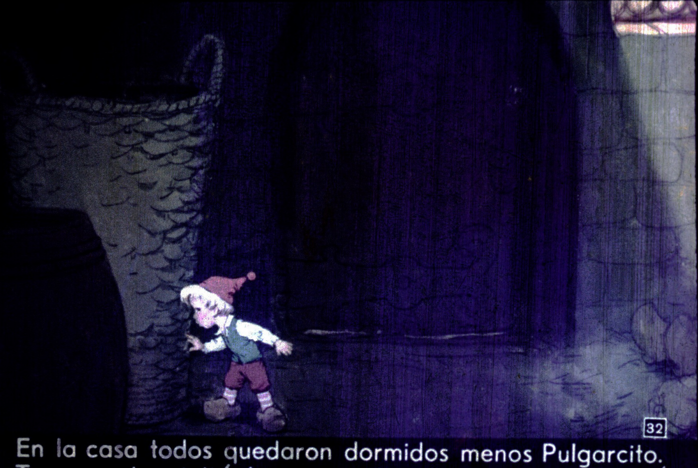
«Por qué tienes tanta prisa—contestó la mujer—¿no ves qué flacos están? Es mejor que los alimentemos y después los encerremos en un cuarto durante la noche. Así descansarán y se pondrán más gordos».



Así lo hicieron, sólo que del susto los muchachos no podían tragar alimento y hambrientos se durmieron.



El ogro pidió vino en cantidad, se emborrachó y se quedó dormido sentado en la mesa.



En la casa todos quedaron dormidos menos Pulgarcito. Tan pronto sintió los ronquidos del ogro, se levantó y empezó a buscar el modo de salir de la casa.



Al fin, en el ángulo más lejano encontró una rendija muy estrecha y como era tan chiquito, pudo pasar por ella. ¡Por algo era Pulgarcito!



Después, se acercó cautelosamente al ogro, quitándole del cinturón, la llave del cuarto donde dormían sus hermanos.



El ogro roncó durante toda la noche y al otro día, lo primero que hizo fue ir al cuarto para comprobar si habían engordado los muchachos. ¡Y cuál no sería su asombro al ver el cuarto vacío!



El ogro se puso sus botas gigantescas y comenzó la persecución de los muchachos. Andaba a través de los ríos, subiendo montañas y buscándolos por todos los sitios.



Los muchachos en estos momentos se encontraban no muy lejos de su querida casa. Cuando amaneció, Pulgarcito vio las piedrecitas blancas que había tirado y por medio de ellas, se dirigió con sus hermanitos hacia la casa.



Ya les faltaba muy poco a los hermanos para llegar a la casa, cuando de repente vieron al ogro.



Los hermanos tuvieron que esconderse en una cueva debajo de una roca. El ogro, cansado de tanto correr, se sentó en la misma roca, encima de la cueva y se quedó dormido.



El ogro dormía, roncando de tal manera, que hasta la misma roca comenzó a temblar y los muchachos también temblaban de miedo. Pero Pulgarcito no se asustó y ordenó a sus hermanos que corrieran rápidamente hacia su casa.



Pulgarcito se acercó al ogro, le quitó las botas corredoras y se las puso. Las botas le quedaron bien, ya que como eran mágicas, a todo el que se las ponía, les quedaban bien.



Pulgarcito dio unos pasos y se encontró en su casa.



Los padres se alegraron enormemente ya que ellos se encontraban muy tristes, pensando que no volverían a ver más a sus hijos.



Al poco rato llegaron los otros hermanos. Así, pues, la familia del leñador se juntó de nuevo.



¿Y del ogro qué? El ogro se quedó allí para siempre sentado en la roca, pues Pulgarcito le había quitado las botas mágicas y el ogro, sin éstas, no sabía andar.



Desde aquel entonces, Pulgarcito empezó a trabajar de mensajero veloz y sus padres y hermanos más nunca volvieron a conocer la miseria ni el hambre.

FIN